

**BLANCHARD, Pascal; BANCEL, Nicolas; BOËTSCH, Guilles, TARAUD, Christelle; THOMAS, Dominic (Eds.). (2018). *Sexe, race et colonies. La domination des corps du xve siècle à nos jours. La Découverte.***

**S***exe, race et colonies. La domination des corps du xve siècle à nos jours*, bajo la dirección de Nicolas Bancel, Pascal Blanchard, Guilles Boëtsch, Christelle Taraud y Dominic Thomas, es una obra colectiva en la que participan casi cien autores. El perfil de sus colaboradores es muy amplio, pues se trata de historiadores, teóricos del colonialismo, poscolonialismo y migración, así como en estudios de género y sexualidad. También se suman al equipo antropólogos, etnólogos, politólogos, sociólogos, geógrafos, psicólogos y juristas.

A lo largo de más de quinientas páginas, en gran formato, estos especialistas abordan múltiples rostros sobre la sexualidad y sus representaciones en el ámbito de los diferentes procesos coloniales, poscoloniales y neocoloniales desde 1420 hasta la llamada era de la globalización. El análisis tiene cuatro ejes: la fascinación frente al otro, los procesos de dominación del cuerpo, la descolonización y, por último, el mestizaje. El texto sigue un orden cronológico y revisa conceptos como el otro, el salvaje, los estereotipos orientales, las relaciones interraciales, la higiene y el erotismo colonial, además de la atracción y repulsión por el cuerpo conquistado, entre muchos otros. Esta obra revisa diferentes latitudes geográficas para ilustrar la dominación del conquistador sobre los cuerpos de los pueblos sometidos. Los primeros recurren a la apropiación de la corporalidad, por medio de abusos, violaciones y ultrajes como una prueba de su poder sobre el otro. El cuerpo de éste es observado como símbolo de inocencia, pero también como sujeto y objeto de múltiples depravaciones. Se trata de un cuerpo que al mismo tiempo que atrae y fascina también causa horror y asco.

Para Guilles Boëtsch, a partir de la creación de la cartografía, la ilustración de las regiones desconocidas se ocupó también de realizar representaciones de formas humanas y corporales y, mientras más oscuro es el color de su piel, más se pone en relieve su desnudez, sugiriendo así mayor libertad sexual. Esta idea se afianza a lo largo de los siglos. Por ejemplo, en el imaginario medieval, la piel morena se asocia a la “raza maldita” que conquistó el Medio Oriente, África del Norte y buena parte de España, imponiendo una religión herética, es decir, el Islam. Para Pierre Ragon y Tracy Sharpley-Whiting la acusación que se hizo posteriormente de la sodomía, como práctica común entre los indígenas de América, estaba asociada directamente a la herencia de los *excitatoria*

medievales que habían servido anteriormente para movilizar a los cristianos contra los musulmanes durante las cruzadas. Para los ojos del europeo católico o protestante, las diferencias de color de los climas tropicales y las prácticas socioculturales generaron una cartografía así como una iconografía del salvaje sexual (ya sea africano o americano) que se extendió al mismo tiempo que la colonización.

Los diferentes relatos de viajes, a lo largo de este marco temporal, reportan opiniones encontradas sobre los cuerpos. Por ejemplo, los habitantes de las Antillas, para unos, como es el caso del misionero jesuita Pierre Pelleprat, parece que salen de los infiernos y apestan como carroñas, mientras que para otros, como ocurre con el naturalista Michel Etienne Descourtilz del siglo XVIII, estos cuerpos se han formado con la mejor sangre. Todas estas notas de viaje permiten asimismo identificar otro rasgo de gran interés para los colonizadores, su supuesta docilidad, lo que podría traducirse en trabajadores maleables, idóneos para la esclavitud. El análisis que se realiza de los archivos judiciales del ámbito colonial sorprende, pues en ellos se registran pocos casos de violación entre blancos y mujeres de los territorios colonizados. Una de las posibles razones se podría explicar porque dentro de los diferentes códigos coloniales ya sean españoles, franceses o ingleses se establece que los hijos de las mujeres esclavas pertenecen a sus amos. De esta forma, la apropiación sexual de las esclavas estará acompañada de discursos científicos y legitimados por dispositivos legales como los célebres *Códigos de Negros* que recogen una serie de usos y costumbres entre mercaderes, marinos y dueños de vastas plantaciones.

Otra etapa importante del estudio es el examen de los mecanismos de control que se utilizaron y continúan empleándose para mantener el orden colonial. Estos “salvajes”, “mestizos sin conciencia”, “fanáticos tramposos” o “peligrosos” son objeto de severas inspecciones y fuertes castigos. Tal es el caso de los métodos utilizados por los alemanes en sus colonias que se replicaron durante el periodo del nazismo conocido como la *Sippenhaft* (responsabilidad del clan o de la familia) que permite castigar colectivamente a grupos, tribus o pueblos enteros. Alain Ruscio y Nicolas Bancel consideran que la violación se utilizó como un arma de guerra, planificada o no, que tenía como objetivo humillar y disminuir la resistencia de las poblaciones. Ya fuera que se tratase de ejércitos occidentales, convencidos de su superioridad por el hecho de ser blancos o de auxiliares locales, en todos los casos estaba presente este acto. Para estos historiadores, “ces viols ne furent pas des actes individuels, faits à la va-vite de façon honteuse. Ils étaient “connus, commis en public (devant les copains, mais aussi parfois devant les familles des femmes souillées), puis répétés par ces mêmes copains” (379).

En cuanto al proceso de mestizaje, resulta relevante el análisis que destaca cierta particularidad, durante y después de la Segunda Guerra mundial, pues comienza a observarse una tendencia de parejas, en particular de hombres negros o asiáticos que mantienen, sin esconderse, relaciones sexuales con mujeres blancas e incluso llegan a

casarse. Se trata de desafiar el orden establecido. En muchos casos los ejemplos se encuentran entre las élites intelectuales y el mundo del espectáculo, tal como la unión de Miles David y Juliette Gréco, de Léopold Sédar y Colette Senghor, de Frantz y Josie Fanon, de Sidney y Joana Poitier o el emblemático ejemplo de Ruth Willians y Seretse Khama cuyo matrimonio desató un escándalo en su propio país, Botsuana e incluso en Sudáfrica, ya que este acto se consideró como una amenaza al orden social del *Apartheid*, que tenía poco de establecerse.

El mestizaje se convierte en un tópico de primer orden en la literatura colonial, poscolonial y neocolonial. Este tipo de uniones interraciales no ha dejado de provocar controversias, pues se percibe como una violación del colonizado a una mujer blanca, que provoca más horror o indignación por parte del espíritu colonizador, lo que no sucede cuando se trata de un acto de ultraje y violencia contra una mujer negra, amarilla o india. Además, explica los actos de linchamiento del Ku Klux Klan contra mujeres blancas que osaban unirse a hombres negros, quienes no podían atreverse a mirar a una estadounidense blanca, porque podían ser torturados o quemados vivos.

Este mismo miedo, arraigado en muchas sociedades occidentales, se observa hoy en día en el estereotipo que se construye alrededor del inmigrante. En Francia, por ejemplo, primero se forja la imagen del italiano o español inmigrantes que roban todo lo que encuentran a su paso en esta supuesta tierra que los cobija y después de la descolonización africana, de la Guerra de Indochina y de Argelia se consolida la representación del árabe, del negro y del oriental como sanguinarios y violadores, a pesar de la banalización y normalización de estas uniones. La cuestión de la “raza” y, por ende del mestizaje, está muy presente en todas las sociedades poscoloniales; es por ello que tanto Dominic Thomas como Pascal Blanchard consideran que para aquellos que se oponen a la pérdida de su “pureza racial”, el pensamiento mestizo (un pensamiento incluyente y de intercambio) es una de las peores amenazas. Ellos le llaman un “regalo envenenado del periodo colonial” y la consecuencia más devastadora de los flujos migratorios ya sea en Europa y en una parte de América del Norte. Estas “minorías” que se instalan en territorios de colonizadores son un peligro en “casa” y la mezcla que conlleva forzosamente a diluir las diferencias es resentida como un factor de opresión. Esta fobia a la diversidad, conocida en la actualidad como “neo-racismo”, “neo-racismo diferencialista” o “xeno-racismo” se expresa en múltiples foros en la defensa de la identidad blanca acorralada por la aceleración de los flujos migratorios. Se ha materializado políticamente en movimientos populistas identitarios tales como la AFD (Alternativa para Alemania), PEGIDA (Patriotas europeos contra la islamización en Occidente), la UKIP (partido por la independencia del Reino Unido), el *Front National* en Francia y el *Tea Party* (grupo muy amplio de republicanos estadounidenses). Para estos grupos y muchos otros, la inmigración es percibida como una invasión o colonización al revés,

responsable de la destrucción de la esencia de Europa, Estados Unidos y Canadá —es decir, naciones blancas y católicas.

Por último, cabe destacar que las representaciones y construcciones culturales del otro han cambiado muy poco a lo largo de estos seis siglos. La noción de “raza” es aceptada, aunque se luche por el racismo, como si todo lo que se ha teorizado al respecto no haya servido para explicar que este término es sólo una idea, un concepto construido, incluyendo también el terreno de la sexualidad, para someter y dominar. En suma, y a pesar de la dispersión de una multiplicidad de datos, de imágenes (1,200 en total a lo largo del libro) y de fenómenos observados por los autores de esta obra titánica, la mirada sobre el “otro” permanece casi inmutable. Es verdad que la aparición en librerías de este estudio colosal desató polémicas y un gran escándalo, en particular por el trabajo editorial que privilegió, en varios pasajes del análisis, la imagen en detrimento del texto. Sin embargo, el recorrido por seiscientos años de historia permite ver con gran claridad su conclusión: el Occidente, cuna de los derechos humanos, de la filosofía de la Ilustración y de la democracia, tiene un lado sumamente oscuro. Mientras que en su seno se sacraliza al individuo, por otro lado se deshumaniza a la otra parte que integra el mundo. Además, las sociedades occidentales viven obsesionadas por cuestionamientos identitarios y, por “la nostalgia de una edad de oro” identificada así por Leila Slimani. Esta misma escritora y periodista nos invita a preguntarnos ¿quién es el otro? La respuesta, en su opinión, se encuentra desplegada en cada una de las páginas que conforman este libro monumental.

*Claudia Ruiz García*

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO | México